

El Futuro de las Ciencias Sociales

*Por el Dr. George A. LUNDBERG.
Profesor de Sociología en Bennington College, E. U. A. Traducción de Angela Müller Montiel. Colaboración especial para la Revista Mexicana de Sociología.*

I

EL problema de lo que puede esperarse de las ciencias sociales se presenta constantemente en tiempos como los actuales. Supongo que la razón del interés que despierten las futuras posibilidades de las ciencias sociales, es obvia. Todo el mundo está de acuerdo en que por muchos problemas que haya creado el desarrollo de la ciencia, nos ha libertado, en cambio, de muchos temores e inseguridades ancestrales. Las ciencias naturales, es indudable que nos han proporcionado los medios para controlar a muchos de nuestros enemigos tradicionales, aunque no siempre podamos ejercer este poder.

A pesar de que no podemos hacer directamente nada para evitar los fenómenos naturales, la aportación de las ciencias es inapreciable en dos formas principales; primero, nos advierte cuándo van a ocurrir determinados fenómenos y así nos capacita para eludir sus consecuencias más serias. Si se predice la lluvia, llevamos paraguas. Se advierte a los barcos cuando un huracán va a azotar determinada región. Podemos protegernos de algunas enfermedades por medio de las vacunas, etc. En segundo lugar, la simple posesión del conocimiento y de los hábitos científicos de pensamiento por lo que se refiere al universo físico, nos libra de un mundo de temores, incertidumbres y otras desagradables pérdidas de

energía. El conocimiento científico obra como una especie de higiene en los terrenos en que se aplica. Si los periódicos de la mañana nos hablan de un temblor, un eclipse o una tormenta, estos fenómenos se colocan inmediatamente en el sitio que les corresponde dentro del organismo de la ciencia, en el cual se halla su explicación, es decir, su relación con otros fenómenos. De allí que todo fenómeno de esta especie requiera una dosis muy pequeña de excitación "mental" o "emocional", por lo que se refiere a nuestro ajuste intelectual al mismo.

Por otro lado, los acontecimientos políticos y sociales tales como guerras, revoluciones, etc., son, para la mayoría de la gente, motivo de choques nerviosos, recriminaciones personales y otras manifestaciones emocionales. El caso se ilustra mejor en una caricatura que apareció recientemente en la cual están representados dos viejos caballeros, que indudablemente padecen de alta presión sanguínea, en animada conversación. La venerable esposa de uno de ellos aparece y dice: "Recuerda que el doctor te prohibió hablar de Mr. Roosevelt." La condición nerviosa de la mayor parte de los comentaristas de la situación europea no conduce, según mi opinión, ni a un claro análisis de los acontecimientos ni a una buena digestión. Las inundaciones, los huracanes y la pérdida de las cosechas también nos preocupan, pero adoptamos una actitud muy distinta hacia dichos fenómenos.

Por lo tanto, no debe sorprendernos el hecho de que cada vez sea mayor el interés que despierta el problema de si el mismo instrumento llamado ciencia puede ayudarnos en lo referente a los asuntos sociales como lo hace en los físicos. Pero inmediatamente, se presentan ciertos obstáculos, aparentemente invencibles, los cuales envían a casi todos los investigadores a las tiendas y pagodas de los médicos tradicionales para los males sociales: el mago, el sacerdote y el político. ¿Cuáles son estos obstáculos que se oponen al desarrollo de una efectiva ciencia social? ¿Son tan invencibles como parecen?

II

Con objeto de evitar la acusación de que simplemente estoy atacando un hombre de paja, escogiendo solamente las más tontas de las objeciones que se han presentado contra las posibilidades de una ciencia de las relaciones humanas, me ocuparé de aquellas que están sostenidas por

hombres de ciencia responsables. Esto es, omitiré por completo ciertas cuestiones metafísicas que tradicionalmente han velado el problema, tales como la cuestión del libre albedrío, de Dios, etc. Lo que voy a decir es perfectamente compatible con cualquier punto de vista que se desee adoptar en estos asuntos. En resumen, no creo que sean problemas de importancia científica. Supóngase, si así se desea, que existe el libre albedrío, no sólo para el hombre, sino para otros seres de la naturaleza. Todo lo que me interesa por el momento, es señalar la gran regularidad y predicabilidad con las que los hombres quieren las cosas. Lo mismo puede decirse de Dios. Claramente se ve que es un ser con hábitos notablemente regulares y demostrables. Es la regularidad y la predicabilidad, tanto de los hombres como de los dioses, la que interesa a la ciencia.

Por otra parte, existen las dudas presentadas por científicos tan competentes como Julian Huxley. En un reciente discurso pronunciado ante la Asociación Americana para el Adelanto de la Ciencia, bajo el título de "Science Natural and Social",¹ discute los obstáculos que le parecen más grandes en el campo de las ciencias sociales. Es verdad que se inclina decididamente a aceptar la misma posición que el presente artículo. Las restricciones que experimenta son inherentes a la naturaleza de la materia y, por lo tanto, la situación a la que tiene que enfrentarse el sociólogo es digna del mayor respeto y de la más alta consideración. Sin embargo, después de hacer esta salvedad, no creo que dichos obstáculos sean de la naturaleza fundamental que Mr. Huxley les concede. Examinemos el caso.

Mr. Huxley comienza, más o menos con la misma cuestión con que yo he empezado. Dice:

"Surge inmediatamente la cuestión de por qué la aparición de la ciencia social en grande escala y en operaciones eficientes ha sido tan retardada. Los triunfos de la ciencia natural, tanto al descubrir un conocimiento radicalmente nuevo, como al aplicarlo prácticamente para satisfacer las necesidades humanas, han sido tan espectaculares y tan provechosos que parecería natural y obvio extender los mismos métodos al campo de los fenómenos sociales.

La respuesta es muy sencilla: los métodos *no* son los mismos. El espíritu científico permanece inalterable, lo mismo si contempla una nebulosa que un niño, un campo de trigo o una unión comercial. Pero la metodología de las ciencias sociales es inevitablemente distinta de la de las naturales. Es y debe ser diferente por una razón fundamental: —el in-

1 Scientific Monthly, enero, 1940.

vestigador está dentro y no afuera de su material. El hombre no puede investigar al hombre con los mismos métodos que emplea para estudiar la naturaleza externa. Puede emplear algunos de los métodos de las ciencias naturales para investigar ciertos aspectos del hombre— la estructura y funcionamiento de su cuerpo, por ejemplo, o las leyes de la herencia; pero esto se debe a que dichas características pertenecen también a otros organismos y a que son aspectos parciales que pueden exteriorizarse fácilmente. Pero cuando empieza a investigar la motivación humana, sus propios fines se ven comprometidos; cuando estudia la sociedad, él mismo queda comprendido dentro de la estructura social.

¿Cuáles son las consecuencias que implica esta diferencia básica? En primer lugar, uno debe servirse a sí mismo de conejillo de Indias. Pero como esto es imposible en un sentido estricto, no pueden realizarse experimentos completamente controlados.” (Págs. 6, 7.)

Así pues, este autor alega que la diferencia básica entre las ciencias sociales y las físicas consiste en que en la ciencia social “el investigador está dentro, en vez de estar fuera de su material”. Esta es una de las objeciones más comunes, la cual se supone que es tan evidente que no requiere análisis. ¿Lo soportaría? Yo creo que no. Al examinarla se presenta simplemente como una forma de lenguaje destinada a llamar la atención sobre el peligro de desviar las observaciones y la interpretación—un peligro que se presenta en toda ciencia y que, en cualquier caso, puede ser sorteado o reducido empleando los instrumentos, los métodos y los procedimientos científicos que forman parte de la ciencia en *cualquier* terreno.

Cuando un antropólogo se dirige hacia una remota tribu salvaje a estudiar su conducta social, ¿por qué ha de estar más metido dentro de su material que cuando estudia una colonia de monos antropoides, de patos o de ratas blancas, o la distribución ecológica de las plantas o el sistema solar? ¿En qué punto exactamente de estas series se efectúa la misteriosa transición del exterior al interior del material estudiado? Yo no admito que al irme a un lugar distante a estudiar los salvajes sea para sostener mi punto de vista. Puedo proporcionar un informe tan objetivo y tan comprobable de los eventos sociales que tienen lugar en la comunidad en que vivo, como de los fenómenos meteorológicos que se efectúan en el mismo sitio. Ambos encierran problemas de observación relacionados con los sucesos que me interesan. Al realizar el estudio necesito emplear instrumentos para agudizar mi observación hasta donde sea posible, así como para registrarla cuidadosamente. Estos instrumentos no existen ya hechos en ningún terreno. Deben ser inventados, pueden ser completamente

elementales como lo son aún en la mayor parte de la investigación social, los cuales consisten en poco más de un lápiz, una cédula, una prueba regularizada o el informe de una entrevista. Pero tenemos también a nuestra disposición la cámara cinematográfica con equipo sonoro, por medio de la que se puede observar la conducta social en sus aspectos más crudos con el mismo detalle con que puede observarse cualquier fenómeno físico. Cuando empleo estos instrumentos no estoy más “adentro” de mi material que cuando fotografié un eclipse.

La invención de unidades e instrumentos con los que se sistematiza la observación es una parte de la tarea científica en todos los terrenos. Ni las calorías ni los calorímetros existían ya hechos en los fenómenos físicos. Debieron ser inventados para aplicarse a los fenómenos en cuestión, lo mismo que las unidades de ingresos o standards de vida y las escalas de mensuramiento. No estoy ilustrando las dificultades que presentó la creación de dichas unidades o la apropiación de los instrumentos de observación científica. Tampoco quiero menospreciar los problemas de interpretación de los datos observados. Pero aquí también tengo a mi disposición las mismas reglas de lógica y el mismo método científico que se aplica a los acontecimientos físicos.

Seguramente que Mr. Huxley hace la concesión de que podemos usar los mismos métodos que la ciencia natural “para investigar ciertos aspectos del hombre — la estructura y funcionamiento de su cuerpo, por ejemplo, o la transmisión de la herencia”. Pero es claro que éstos no son en absoluto los temas de la ciencia social. Apenas si necesitamos hacer notar que el hombre, como tal, es también el sujeto de la biología, la fisiología, la química o la física, así como es el sujeto de las ciencias sociales. Solamente ciertos aspectos de la vida del hombre son los que estudia la ciencia social. En la siguiente afirmación de Mr. Huxley se refleja que, según su opinión, algunos de estos aspectos son los más difíciles: “Pero donde (el sociólogo) empieza a investigar los motivos humanos, sus propios motivos quedan comprendidos; cuando estudia la sociedad, él mismo es una parte de la estructura social”. ¿Y qué es lo que se supone que sea tan importante en esto? “En primer lugar”, dice Mr. Huxley, “el hombre debe ser su propio conejillo de Indias.” Prosigue repitiendo la familiar objeción acerca de la dificultad de controlar los experimentos en las ciencias sociales.

Hay una gran cantidad de personas capaces que comparten la opinión de Mr. Huxley respecto al misterio, la inescrutabilidad y la particulari-

dad de los motivos humanos. Para comenzar, diremos que los motivos no son fenómenos directamente observados, sino inferencias del funcionamiento. ¿Cómo podemos de hecho, determinarlos correctamente? Un método muy común es reunir doce hombres buenos y honrados, agricultores, libreros, comerciantes —cualesquiera que se tengan a mano—, sujetarlos a un conjunto de evidencias en relación con un determinado acontecimiento, y después de eso determinar si “el motivo” que promovió sus reacciones fué fraudulento, felón, malicioso, etc., o no. ¿Y cómo proceden estos dignos ciudadanos? Ponen de manifiesto sus propias vidas y experiencias, además de lo que pueden haber aprendido del folklore, de la Biblia y, quizás, de los libros de psicología y psicoanálisis. Ponen, frente a estos fundamentos, el testimonio y, sobre esta base, deciden, “el motivo”. El procedimiento, como ya sabemos, está lejos de ser perfecto y no pretende, creo yo, afirmar, que los científicos adiestrados para este trabajo, cometan pocos errores. Sin embargo, la habilidad del jurado popular, es considerada suficiente para determinar la motivación humana y así, su decisión, sirve de base para decidir sobre la vida o la muerte de ciudadanos libres.

“Cuando el hombre de ciencia estudia los motivos humanos —dice Huxley— sus propios motivos quedan envueltos; cuando estudia a la sociedad humana, él mismo es parte de la estructura social.” Yo supongo que el único objeto de un verdadero científico, al tratar de esclarecer los motivos de una acción, es encontrar la respuesta apropiada para su pregunta, y esto es el solo motivo del que los hombres de ciencia, tanto física como social, se ocupan como *científicos*. En resumen, el motivo del sociólogo y del físico son exactamente los mismos, frente a un problema científico. *El motivo es encontrar una respuesta que tenga las características de una respuesta científica.* El hecho de que el sociólogo haya sido siempre una parte de la estructura social no constituye un obstáculo mayor, para su objetivo, que el que haya sido también parte del universo físico que estudia. Error, corrupción y parcialidad, consciente o inconsciente, son peligros constantes e inherentes en *toda* observación, tanto física como social. La preparación de un hombre de ciencia consiste en desarrollar en él firmeza de carácter y habilidad técnica y en adiestrarlo en el uso de los instrumentos correctivos para reducir a un mínimo los errores que vician nuestros sentidos imperfectos en todo terreno.

Respecto a la dificultad de los experimentos de laboratorio en las ciencias sociales, concedemos una gran parte de razón a Mr. Huxley,

especialmente si establece la comparación con ciencias como la química, la biología y la física. Pero la dificultad no es, en modo alguno, insuperable. Se han efectuado y se siguen efectuando experimentos sociológicos extensivos, incluyendo observaciones de laboratorio realizadas en niños. Además, las películas cinematográficas con sonido permiten su estudio repetido y detallado. Tampoco los experimentos en las comunidades reales son imposibles. Stuart C. Dodd, por ejemplo, midió cuidadosamente, con instrumentos contruidos a propósito, el estado higiénico de un grupo de aldeas sirias aisladas.² Dividió las aldeas en dos grupos para los propósitos experimentales. Un grupo fué sometido a un período de dos años de educación higiénica, a través de un itinerario clínico. Al terminar este período, el estado higiénico de los dos grupos, consistentes en una aldea experimental y tres controladas, fué otra vez cuidadosamente medido. La comparación del estado de la aldea experimental y de las controladas expuso los resultados naturales del programa de educación higiénica. Es verdad que, en este caso, la falta de contacto de estas aldeas con influencias del mundo exterior era una condición esencial del éxito del experimento. Pero este estudio servirá durante mucho tiempo como ejemplo de habilidad científica en el cuidado con que los instrumentos de mensuramiento se prepararon, se probaron y se aplicaron, así como en la atención de los problemas de los grupos y de los probables errores.

Finalmente, debe hacerse notar que lo relativo al control de laboratorio varía mucho con las diferentes ciencias. El sistema solar nunca ha sido llevado a ningún laboratorio. Los laboratorios astronómicos contienen muchas ingeniosas representaciones simbólicas y mecánicas de los aspectos astronómicos de dicho sistema, así como instrumentos muy notables para observarlo. Es incuestionable que toda ciencia tiene que desarrollar estos mismos aspectos. Además, la cuestión de las condiciones de laboratorio, se convierte en un problema de conveniencia y de ingenuidad mecánica. Las divisas estadísticas que permiten la observación de dos o más variables, mientras que la influencia de otras es mantenida constante, en el sentido de que es mensurada y controlada, son ya de uso común. Para hacer justicia a Mr. Huxley debo decir que él reconoce este hecho. Al tratar de la multiplicidad en la motivación de las situaciones sociales dice:

“Por lo que se refiere a la múltiple motivación, debemos ver hacia adelante, hacia un uso más extenso de técnicas con correlación matemática.

2 “A Controlled Experiment on Rural Hygiene in Syria.” Oxford University Press, 1934.

En este sentido se ha logrado un gran adelanto al ocuparse de problemas con motivación múltiple en las ciencias físicas y Spearman ha creado métodos especiales para aplicarlos a los problemas psicológicos. También se indica el uso de los métodos de probabilidades. Estos también han sido altamente desarrollados para emplearlos en las ciencias naturales... En un terreno, el de los votos ficticios, se está desarrollando un cuidado tan exagerado que ha llegado a infringir la política práctica." (Págs. 8, 9.)

En resumen, podemos decir respecto a la experimentación de laboratorio, primero que no es, en forma alguna, imposible y, segundo que es enteramente esencial porque pueden lograrse los mismos resultados con los métodos estadísticos.

III

Hemos considerado hasta ahora las dos diferencias más comunes y aparentemente cruciales entre las ciencias sociales y las físicas, a saber: 1) la noción de que en las primeras el científico en forma misteriosa, parte de sus datos y 2) la dificultad de la experimentación de laboratorio. Mr. Huxley prosigue diciendo:

"Finalmente viene la diferencia más fundamental. Los valores han sido deliberadamente excluidos de las investigaciones de la ciencia natural: los valores y todo lo que ellos connotan de motivo, emoción, jerarquía cualitativa, etc., constituyen los datos más importantes con los que especula la ciencia social. ¿Pero cómo puede la ciencia especular con ellos? La ciencia debe tender a un procedimiento cuantitativo: ¿Cómo puede operar con los imponderables irreductibles de la cualidad? La ciencia debe ser neutral moralmente, y desapasionada: ¿Cómo puede el sociólogo tratar las bases éticas de la moralidad, los motivos de la pasión?"

Seamos francos con nosotros mismos. Hay un punto en el cual, a causa de la diferencia cualitativa entre sus datos y los de la ciencia natural, la ciencia social no podrá ser nunca completa y vigorosamente científica. Comprender y describir un sistema que contiene valores es imposible sin un juicio previo de dichos valores y todavía más imposible sin ese juicio de valores, es la otra función científica, la del control." (p. 8.)

Estos sentimientos han sido repetidos tan amplia y tan absolutamente que son aceptados por una gran cantidad de personas capaces, incluyendo científicos, como hechos evidentes. Requiere cierta temeridad expresar la opinión de que hay poco fundamento para estas ideas. Creo que deben su prevalencia al prestigio de las fuentes que las han repetido y a la frecuencia y carácter emocional de su repetición más que a su consistencia a la luz del análisis crítico.

Consideramos la misteriosa palabra "valor". John Dewey en una de sus recientes publicaciones expone en la forma siguiente cómo ocurre que el problema del valor surja por separado:

"La eliminación de las concepciones de valor de las ciencias que estudian fenómenos humanos es, desde un punto de vista histórico, comparativamente reciente. Durante siglos se supuso que la naturaleza es lo que es a causa de que contenía *finés*. En su misma capacidad estos fines representaban completa o perfectamente el SER. Todos los cambios naturales se consideraban tendientes a actualizar estos fines como objetivos hacia los cuales se movían impulsados por su propia naturaleza. La filosofía clásica identificaba *ens, verum y bonum* y esta identificación se tomaba como una expresión de la constitución de la naturaleza como objeto de la ciencia natural. En dicho contexto no había sitio para ningún problema *separado* de valuación y valores, puesto que lo que ahora se denomina valor se consideraba íntegramente incorporado con la estructura del mundo. Pero cuando las consideraciones teológicas fueron eliminadas de las ciencias naturales y finalmente de las ciencias psicológicas y de la biología el problema de los valores surgió por separado."³

Lo que más debemos notar en este párrafo es que el problema del valor, con sus fines y propósitos fué también, en una época, prominente en las ciencias físicas. La mayoría de ellas, en la actualidad se han sacudido este concepto, en el sentido que está aquí a discusión. Nosotros nos empeñamos en mantener vivo el problema en las ciencias sociales, por un curioso hábito de hablar, según el cual el verbo "valuar" que significa cualquier procedimiento selectivo, se convierte en el sustantivo "valor". Entonces nos ponemos a cazar las cosas connotadas por este nombre. Pero dichas cosas no existen. No hay más que las actividades de evaluación con que comenzamos. Lo que se dijo arriba de los "motivos" se aplica con igual validez a los valores. Son inferencias precisas de la conducta. Es decir, decimos que una cosa *tiene* valor o que *es* un valor cuando la gente se porta respecto a ella en forma de retener o aumentar su posesión. Pueden ser bienes o servicios económicos, un puesto político, un compañero, prestigio, una conciencia limpia o cualquiera cosa que se desee. Ahora bien, puesto que las valuaciones y los valores son normas de conducta empíricamente observables, pueden ser estudiados como tales, con la misma técnica general que empleamos para estudiar otro tipo de conducta.

3 "Theory of Valuation", International Encyclopaedia of Unified Science (1939), pp. 2, 3.

De hecho, todo el mundo está más o menos dedicado a estudiar los valores de otras personas. Es completamente esencial para cualquier clase de vida satisfactoria en toda comunidad. Tratamos de descubrir, tan pronto como sea posible, cuáles son los valores de nuestros vecinos. ¿Cómo lo descubrimos? Observamos su conducta, incluyendo su manera de hablar, oímos lo que otras personas dicen de ellos, cómo gastan su dinero, cómo votan, si van o no a la iglesia y cien cosas más. En un plano más formal y científico se forman patrones para reflejar los valores de grupos numerosos. Los economistas, por supuesto, han estado estudiando durante años ciertos tipos de evaluaciones de los hombres, a través del médium de precios. Parece que no hay ninguna razón para que los valores no sean estudiados tan objetivamente como cualquier otro fenómeno, ya que constituyen una parte inseparable de la conducta. Las condiciones bajo las que surgen ciertos valores (es decir, las condiciones bajo las cuales se efectúa cierto tipo de conducta valorativa) y los efectos “de la existencia de ciertos valores” (como decimos) en determinadas situaciones, constituyen precisamente el objeto de estudio de las ciencias sociales, objeto que están realizando. Estos valores, o conducta valorativa, como toda otra conducta, debe ser observada, clasificada, interpretada y generalizada por medio de la técnica aceptada en los procedimientos científicos. ¿De dónde, pues, se deriva la noción de que representan un obstáculo único e invencible en las ciencias sociales?

Yo he sugerido que la razón básica es una confusión de las palabras con las cosas — una fuente de confusión muy común en las ciencias sociales. El punto queda bien ilustrado en el párrafo que cito de Huxley. “La ciencia debe ser moralmente neutral y desapasionada”, clama: “¿Cómo puede el sociólogo tratar las bases éticas de la moralidad, los motivos de la pasión?” Huxley dice, en lo que estoy de acuerdo, que la ciencia debe ser moralmente neutral y desapasionada. ¿Es verdaderamente imposible para un sociólogo preparado, ir a una comunidad y dar un reporte verídico de las bases éticas y de la moral de la comunidad? La cuestión me parece absurda. Las leyes, las costumbres, la etiqueta, la educación y la conducta general de la gente han sido estudiadas tan repetidamente y son, seguramente, tan apropiadas para dicho estudio, como la vida social de las hormigas o de las termitas. Es verdad que la validez de los resultados de dicho estudio depende de la técnica con que se hayan ejecutado. Pero esto también es verdad al tratarse de la observación y reportes en otras ciencias. Desde luego que hay una diferencia entre el padrón que ha sido

ejecutado de acuerdo con la técnica de Gallup y el que se ha llevado a cabo siguiendo un *Literary Digest*. No estoy menospreciando las dificultades para un estudio objetivo de la conducta humana, punto sobre el que volveré más tarde. Lo que digo es que si tomamos las debidas precauciones consistentes en la preparación científica adecuada, en cualquier terreno, incluyendo el desarrollo de los instrumentos para facilitar dichas precauciones, nos encontramos con que no hay razón para que no pueda lograrse un reporte verídico de los códigos éticos y de las prácticas de la gente, tal como se ha hecho, en las recientes décadas y repetidamente, por los antropólogos y los sociólogos.

Quizá se pueda objetar que he evitado la afirmación de que “para entender y describir un sistema humano que contenga valores, es imposible sin un juicio de dichos valores”. El único juicio de valores que estoy obligado a hacer al estudiar las costumbres de una comunidad es el de considerar qué tipo de conducta es el importante para mi problema. Este es un juicio de valores que todo hombre de ciencia tiene que hacer, sea cual fuere el objeto de su estudio. Si la afirmación de Huxley de que “entender y describir un sistema de valores es imposible sin un juicio de dichos valores” significa que debo considerar las cosas observadas desde el punto de vista de mis propias normas morales, entonces su afirmación es ridículamente falsa. Desde luego que puedo reportar el hecho escueto de que ciertas tribus matan a sus viejos y se los comen, sin necesidad de decir si esta práctica me parece buena o mala, de acuerdo con mis ideas o permitir que esas ideas me impidan dar un reporte adecuado de los hechos mencionados. El único juicio de valor que cualquier científico debidamente preparado hace de sus datos, son juicios relacionados con la importancia de su problema, el paso que debe asignársele a cada aspecto de la interpretación general que tiene que hacerse de los hechos observados. Estos son problemas que ningún hombre de ciencia puede eludir y no son, en forma alguna únicos e insuperables en las ciencias sociales.

Es interesante notar que Huxley mismo, después de haber hecho las elocuentes afirmaciones que he citado, en el próximo párrafo se acerca justamente al punto de vista que yo he adoptado. Refiriéndose a la objeción que cité antes dice: “Sin embargo, éste no es tan serio como parece a primera vista. Aun en las ciencias naturales, consideradas como conocimiento puro, hay un juicio de valor implícito, *la creencia en el valor de la verdad.*” Este juicio de valor, unido a los otros relativos a qué hechos

y métodos son importantes para este fin, como ya lo he dicho, está indudablemente incluido en las ciencias sociales. Pero no por eso deja de estarlo en todas las otras ciencias.

Queda, por lo tanto, únicamente la cuestión de si la *aplicación* del conocimiento que constituye o puede constituir una ciencia social madura no envuelve juicios de valor de un tipo que las otras ciencias no necesitan. Es obvio que la aplicación del conocimiento científico (es decir, problemas de control social) envuelve juicios de valor. La única cuestión consiste en investigar si éste es un problema peculiar de las ciencias sociales. Aquí también Huxley concluye, y yo creo correctamente, que este problema está igualmente presente en las otras ciencias. Después de que sabemos cómo producir dinamita resta la cuestión: ¿Debemos tirar la de los aeroplanos para destruir las catedrales y las ciudades o debemos usarla para construir caminos a través de las montañas? Después de que conocemos los efectos de ciertas drogas y gases, la cuestión queda todavía en pie: ¿Debemos usarlos para aliviar el sufrimiento o para destruir a poblaciones indefensas e inofensivas? Ciertamente que no hay nada en las ciencias bien desarrolladas que son la química y la física, que responda a estas cuestiones. Tampoco es, en mi opinión, asunto de la ciencia social, constatar directamente la cuestión de qué forma de gobierno deberíamos tener, cuál debería ser el tratamiento que diéramos a otras razas, si debíamos tolerar o perseguir a ciertos grupos religiosos, hasta qué punto debían mantenerse las libertades civiles y multitud de otros problemas que nos agitan. ¿Entonces para qué sirven los sociólogos y qué es lo que deben ser capaces de hacer?

Hablando en un sentido general, es asunto que interesa a los sociólogos predecir, con grandes probabilidades, el estado de la atmósfera social, así como los meteorólogos predicen tempestades o buen tiempo. Más detalladamente, el sociólogo debe ser capaz de decir qué es lo que puede suceder socialmente, bajo ciertas condiciones establecidas. Un economo competente o un político científico debe ser capaz de inventar, por ejemplo, un programa de impuesto que, aplicado a determinado país, conduzca según todas las probabilidades a obtener un provecho y que pese, en el grado en que se desee sobre todos los grupos productores del área afectada. El sociólogo debe ser también capaz de afirmar cuál será el efecto de la aplicación de dicho programa sobre los ingresos, las inversiones, el consumo, la producción y el resultado de la próxima elección. Después de haber creado dicho programa de impuestos y especificado

sus efectos, ya no es de la competencia del sociólogo más que de la de cualquier otro ciudadano, asegurar el éxito o el fracaso de dicho programa. De la misma manera, sociólogos, educadores o psicólogos competentes deben estar capacitados para instruir a los padres en la manera más conveniente tanto de convertir a sus hijos en un Al Capone, como en un ciudadano honrado, de acuerdo con sus deseos.

Mi opinión es que la ciencia debe decirnos lo que podemos hacer con los conocimientos que la constituyen. La ciencia no nos proporciona más que un coche y un chofer. No nos dice directamente, como ciencia, hacia dónde debemos dirigirnos. El coche y el chofer pueden llevarnos al fango, al precipicio, contra una pared de piedras o hacia las alturas de las mayores aspiraciones humanas con la misma eficiencia. Si nos ponemos de acuerdo respecto a nuestra meta y le decimos al chofer cuál es el objeto de nuestro viaje, él debe conducirnos a través de cualquiera de los caminos que ofrecen posibilidades de tránsito, y debe explicarnos los gastos y las condiciones de cada uno de ellos. Cuando estas alternativas han sido aclaradas el científico debe crear los instrumentos más apropiados para cumplir los deseos de sus pasajeros. Pero excluyendo su carácter de tripulante, el científico que sirve de timonel al chofer, no tiene ninguna obligación o privilegio para decir al resto del pasaje lo que debe desear. No hay nada, ni en las ciencias sociales, ni en las físicas que responda a esta cuestión. Pienso que la confusión sobre este punto es la razón principal para el error común de que, por lo menos, las ciencias sociales deben hacer juicio de valor de esta clase.⁴

Por supuesto que no debe seguirse que la ciencia, en virtud de su verdadera función, no deba ayudar a la gente a decidir inteligentemente lo que desea. De hecho, los deseos de la gente, tomados en sentido general, tienen un alto grado de uniformidad — por ejemplo, cierto grado de seguridad física y social y algunas diversiones. Las ideologías fantásticas que se traducen en conflictos y caos están en desacuerdo con los medios que tienen hacia estos fines. Ya he hecho notar que a medida que una ciencia está mejor desarrollada puede describir con más veracidad *las consecuencias* de una gran variedad de programas de acción muy diferentes. Estas consecuencias, ya lo he dicho, están ciertamente ligadas a la influencia de lo que la gente puede desear. Pero queda siempre el hecho de que la ciencia, en el sentido de predecir las consecuencias, es

⁴ Véase, por ejemplo, "Industrial Conflict" (Cordon 1939), Editor's Foreword and Chapter 1.

solamente *una* de las numerosas influencias que determinan los deseos del individuo y su conducta consecuente.

A medida que la ciencia se desarrolla y asegura el reconocimiento de su autoridad hay motivo para creer que aumentará su influencia en la determinación de los deseos de los hombres así como en los medios que los satisfacen. Al registrar en forma real, tanto las remotas como las inmediatas consecuencias de los diferentes cursos de la acción, los deseos humanos serán modificados consecuentemente. En esta forma la ciencia y los científicos ejercerán una influencia mayor al *determinar* los juicios de valores. El conocimiento que constituye la ciencia es obvio que ejerce ya dicha influencia en algunos terrenos. Cuando las ciencias sociales alcancen la madurez y el respeto, ya no tendremos que desperdiciar nuestras energías persiguiendo vanas esperanzas de salvación pronta y permanente sostenidas por las diversas ideologías que en la actualidad seducen tanto a un gran número de sociólogos como a las masas humanas dedicadas a actividades más fecundas.

Hasta ahora me he ocupado principalmente de los obstáculos que se alega impedirán siempre que las ciencias sociales alcancen la estructura y funciones a que han llegado ya otras ciencias. Puesto que el futuro de las ciencias sociales depende en gran parte de la seriedad de estos obstáculos, he considerado oportuno ocuparme de ellos con cierta amplitud. No he tratado de menospreciar estos problemas en el sentido de pasar por alto el largo y penoso trabajo que, sin duda alguna, implica su solución. Simplemente he sugerido que estos problemas son solubles por los mismos métodos generales que han sido empleados frente a obstáculos semejantes, en otros terrenos. En este punto, naturalmente surge la cuestión: ¿Se ha hecho algún progreso en esta dirección? ¿Cuáles son los resultados, si es que hay alguno, obtenidos en esta forma y que garantizan el punto de vista optimista que he adoptado?

Cualquier examen comprensivo del estado actual y de los progresos de las ciencias sociales se encuentra desde luego más allá del plano de la presente discusión. A pesar de que considero que es incuestionablemente cierto que las ciencias sociales han realizado durante la presente centuria, más progresos en la dirección en que creen deben orientarse, que durante toda su historia anterior, sería absurdo pretender que este progreso se refleja ya en gran escala en nuestro tratamiento de los asuntos sociales. La información científica de carácter más o menos real está ahora más ampliamente difundida que nunca, pero la forma científica de pensamiento

evidentemente ha avanzado muy poco. Prácticamente nadie enfoca los grandes problemas sociales de la actualidad con un espíritu de desinterés científico. La idea de que estos problemas se resuelvan por medio de instrumentos de precisión que estén en unas manos que no tiemblen ni con el miedo, ni con la ansiedad, ni aun con el amor,⁵ parece que no se le ha ocurrido a mucha gente que pasa por científica en el terreno social. Han emprendido la cruzada periodista y del vendedor de jabones en el tumulto y en el estruendo de la multitud. Sus trabajos, que se suponen escolares, están llenos de elogios o insultos, aspectos personales y exorcismos que no tienen lugar en el universo científico. No solamente pasan estos verbomaníacos, a los ojos del público, como grandes sociólogos de la actualidad, sino que hasta llegan a presumir de patrocinar a científicos honrados que están dedicados a sus tareas de construir la ciencia y los instrumentos por medio de los cuales puede resolverse cualquier problema.

Pero detrás de esta niebla que forma la tormenta de polvo de los libros acerca del contenido de este movimiento político, la vida privada y la moral de sus líderes y las traiciones a la democracia, el trabajo substancial sigue adelante. Los hombres acumulan pacientemente datos relativos a la conducta humana en tal forma que el transcurso del tiempo permitirá alcanzar el tipo de generalización que antes no había sido posible lograr. Algunos se ocupan del trabajo no dramático sino fundamental, básico para toda ciencia, de clasificar las multitudes de grupos humanos y de formas de conducta, como primer paso hacia la formación de generalizaciones que les conciernen. Otros más se ocupan en la formación de las tablas de referencia por medio de las cuales se puedan predecir los probables grados de armonía que se esperan de las relaciones personales íntimas de tipo más o menos universal. Otros realizan experimentos con la invención y perfeccionamiento de instrumentos para la observación más precisa y adecuada de los fenómenos sociales. Es fácil registrar las fallas en estos instrumentos como ha sido fácil anotarlas en los primitivos microscopios y telescopios. Pero sin estos principiantes y sin las pacientes centurias de labor callada, las ciencias como la bacteriología nunca hubieran podido aparecer. Finalmente, y éstos son los más sospechosos de todos, hay los que experimentan e inventan nuevos sistemas de representación simbólicas de los fenómenos. La nueva adaptación de las matemáticas, por medio de las cuales pueden comprenderse complejidades que

5 Cf. R. L. Duffus, *Harper's*, December, 1934.

de otro modo resultan inaccesibles, es un paso fundamental, aun cuando este sistema no tienda a hacerse popular. Los trabajos de Leibnitz, Faraday y Hertz no constituían la ciencia popular de su tiempo. Sin embargo, gracias a sus misteriosos cálculos con símbolos extraños, los hombres de la actualidad pueden votar y transmitir su voz a través de la tierra.

Si yo me ocupo primeramente de estos trabajos oscuros y poco dramáticos de los científicos sociales, esto se debe a que los considero más importantes dentro del desarrollo general de la ciencia, que los éxitos espectaculares de los contemporáneos, que pertenecen al dominio común. No es que yo desconozca o desestime estos éxitos evidentes y demostrables. El hecho de que en nuestro tiempo se dé un tratamiento más humano a los niños, a los pobres y a los infortunados, a través de una educación más consciente del trabajo social y de la penología se debe, en gran parte según mi opinión, al desarrollo cada vez mayor de las ciencias sociales y de la psicología. Ya sé que cuando se presenta una guerra o una depresión los periodistas y los predicadores acusan a los economistas y a los políticos científicos, de impotencia para predecir o para prevenir estos desastres. El hecho es que el curso de los acontecimientos que siguieron a la Guerra Mundial, incluyendo la presente, habían sido predichos con bastante exactitud por un gran número de sociólogos. El que no se haya hecho nada para evitarlos, no constituye una responsabilidad especial de los hombres de ciencia. Es una responsabilidad de todos los miembros de la comunidad, incluyendo a los científicos, y especialmente a los especialistas en educación de las masas, en su dirección y en la elaboración de programas prácticos.

Pero no es mi propósito pasar revista a los éxitos pasados y presentes de las ciencias sociales. Me interesa sobre todo, su probable futuro. Aun cuando tenga yo que admitir que los sociólogos contemporáneos no hacen más que pininos en la Edad de Piedra de su ciencia, no veo otra solución que seguir el arduo camino por donde han ido las otras ciencias. La esperanza de poder alcanzar un éxito parecido puede parecer remota, y los trabajos agotantes. Pero ¿este fin es de verdad irrazonablemente remoto? Supongamos que hace unos cuatrocientos años se hubiera vislumbrado el futuro de las ciencias físicas, aunque fuera en una pequeña parte de lo que han logrado. ¿Cuál hubiera sido la reacción de un auditorio, aunque no fuera sencillo, ante la predicción de que los hombres volarían y hablarían a través del océano, verían mundos insospechados a través de los microscopios y telescopios y realizarían las proezas casi increíbles de la

ingeniería y de la cirugía modernas? Me parece que nada de lo que he sugerido respecto a una ciencia social madura con sus aplicaciones prácticas comparables parece tan improbable como hubiera parecido la historia de nuestro físico profeta hace cuatrocientos y aun hace cien años.

¿Pero y los gastos de semejante programa? ¿Qué precio deberíamos pagar probablemente por una ciencia social tan comprensiva y tan real como la más desarrollada de las ciencias físicas? El precio es indudablemente considerable y falta ver hasta qué punto la humanidad está dispuesta a pagarlo. ¿Cuáles son algunos de los principales items, tanto por lo que se refiere al costo material como psicológico?

Al mencionar gastos pueden pensarse que voy a tratar de la fundación de universidades y otros centros de estudios. El desarrollo de la ciencia requiere indudablemente gastos de esta clase, pero no voy a tratar de ellos porque en esta ocasión me refiero a otro tipo de gastos que no tienen nada que ver con el dinero. Por lo tanto, permítaseme liquidar la cuestión de los gastos pecuniarios con una breve estimación que hace Huxley en el artículo que he citado: "Antes de que la humanidad pueda obtener en el nivel colectivo el mismo grado de previsión, control y flexibilidad que tiene a su disposición en el campo biológico, debe multiplicar por lo menos diez veces y quizás cincuenta, la proporción de individuos y organizaciones dedicados a obtener información, a planear y a facilitar el control de ejecución." Aun esto puede parecerles demasiado a los educadores que se preocupan por mantener simplemente sus actividades presentes. Es incuestionable que este programa exige reajustes en nuestra economía nacional. ¿Pero qué comparación hay entre los gastos e investigación científica en las universidades y un solo barco de guerra? Los gastos de las investigaciones sociales en 16 universidades llegan en total a \$3.000.000, o sea un promedio anual por institución de cerca de \$7.500.⁶ Supongamos que un censo común cuesta 40 millones de dólares. Un barco de guerra cuesta cerca de lo doble. Se nos dice que los británicos están gastando solamente en la guerra \$20.000.000 diarios.⁷ Quizás alguna generación futura tenga la idea de redistribuir estos fondos. Entonces será financiado inmediatamente el plan de Huxley. ¿Pero, es que estamos nosotros o alguna generación futura, dispuestos a

6 The Rockefeller Foundation. "A Review for 1939" p. 42.

7 A. Constock, *Events*, May, 1940, p. 342. La estimación se ha tomado de un reporte del Canciller de la Cámara de los Comunes, marzo 13, 1940.

cambiar tan radicalmente nuestros conceptos de las cosas en que vale la pena gastar el dinero? Esto nos pone frente al problema de los verdaderos gastos de la ciencia que son más elevados y nos tocan más profundamente que su precio en moneda.

Primero que todo, el desarrollo de las ciencias sociales probablemente nos privaría en gran parte del lujo de la indignación con la cual nos disculpamos ahora respecto a los acontecimientos sociales. Este país, por ejemplo, está gozando en la actualidad de un fuerte baño de vapor dirigido contra ciertos movimientos y líderes europeos. Creemos ahora, superficialmente, que el asesinato de Hitler resolvería por completo los problemas de Europa, así como creíamos hace veinte años que colgando al Kaiser se conseguiría el mismo fin. Estos proyectos se basan en sentimientos de justicia y virtud salvajes más que en el sentimiento de propiedad de las cosas que indica un diagnóstico científico de la situación. En resumen, uno de los principales desembolsos que nos costaría el adelanto de las ciencias sociales, sería el renunciamiento a la interpretación personalista y moralista de los acontecimientos sociales, así como hemos tenido que abandonar este tipo de explicación en lo que se refiere a los fenómenos físicos cuando aceptamos la orientación científica.

Intimamente relacionada y de hecho inseparable del abandono indispensable, en las ciencias, de los tipos de explicación moralista y personalista, se encuentra la necesidad de dejar o reconstruir un amplio vocabulario al cual estamos profunda y emocionalmente unidos. Conceptos tales como libertad, democracia, independencia, libertad de palabra, libre albedrío y otros muchos, nunca han sido realmente analizados por la mayoría de la gente, respecto a su contenido real bajo condiciones mudables. Además, cualquier análisis de esta especie seguramente que parecerá un ataque contra estos queridos símbolos y el romántico estado de cosas que representan. Como sabe todo sociólogo es preferible tratar estos temas con mucho cuidado. Nos agrada pensar que en nuestras universidades no hay revoltosos capaces de arrojar a un Einstein. Pero entretanto, nuestros revoltosos domésticos, que son nada menos que los agentes de una jerarquía social establecida, disfrazada de sirvientes religiosos, han hecho lo mismo con Bertrand Rusell. Para que las ciencias sociales sean dignas de este nombre, deben examinar realísticamente todos los lemas piadosos que no sólo son frecuentemente el último refugio de los farsantes sino que son también las pantallas detrás de las cuales queremos esconder en la actualidad los hechos que no nos atrevemos a ver de frente.

La cuestión es, ¿cuánta pena en forma de desilusiones respecto a los cuentos de hadas, de hábitos de pensamiento contrariados y de formas tradicionales de conducta desquiciadas está dispuesto a padecer el paciente a fin de ser curado de su enfermedad? Probablemente se necesitaría que se enferme un poco más de lo que ya está a fin de que se manifieste dispuesto a tomar la única medicina que puede salvarlo.

Finalmente, el desarrollo de la ciencia social no sólo acarreará el abandono de los *conceptos individuales* que conservamos desde la época pre-científica. También nos exigirá que dejemos *ideologías* profundamente queridas, que se parecen en la forma, aunque no en el contenido a sus antecesoras teológicas. El concepto de una solución final de los grandes problemas sociales que nos agitan, de preferencia en nuestra misma generación, es un objetivo que aun los hombres de ciencia tienen dificultad en abandonar. Muchos de ellos todavía confunden las ciencias sociales con diversos cultos, religiones y dogmas políticos. Nada menos que el año pasado, por ejemplo, mil doscientos científicos americanos firmaron un manifiesto declarando, entre otros 'elevados y laudables conceptos, que, en su opinión, "en la época histórica presente, solamente la democracia puede preservar la libertad intelectual". Si la intención de estas palabras se reducía a manifestar simpatía por los infortunados y perseguidos en otros países, yo creo que ninguna persona decente se hubiera negado a unirse a dicha expresión. Sin embargo, si pretendían que se tomara su afirmación literalmente como una conclusión científica obtenida por los métodos acreditados de la disciplina, entonces estos hombres de ciencia permitieron que sus simpatías vencieran a su juicio, haciendo un mal servicio a la ciencia al identificarla con un dogma político, es decir con el estado de cosas al cual estamos acostumbrados y que justamente nos satisface.

No conozco ninguna evidencia científica que indique que la democracia o cualquier otro sistema de organización política o social sea el *único* sistema bajo el cual puede prosperar la ciencia. Toda la justificación *científica* que puedo encontrar para ello es que, en ciertas condiciones, la democracia, definida de la manera que mejor convenga, es compatible con un cierto grado y tipo de libertad intelectual. En cuanto al objeto principal, cualquiera que tenga un conocimiento por superficial que sea de la historia de la ciencia debe saber que algunos de sus triunfos más notables se realizaron bajo regímenes que no tenían ningunas pretensiones de democracia. Aun en la actualidad (1938-1939) dos premios Nóbel de

ciencias fueron otorgados en Italia y Alemania. Seguramente que sabemos que se ataca a los físicos einsteinianos en Alemania. Nos olvidamos convenientemente de que el primer movimiento democrático auténtico que hubo en Europa “no encontró ocupación para los científicos” y decapitó al padre de la química moderna. También nos olvidamos de que hace apenas algunos años, varios Estados, bajo la dirección de estadistas americanos, prohibieron la enseñanza de la evolución. Todo esto *ocurrió* también bajo la democracia. Yo estoy dispuesto a condenar estos excesos dondequiera que ocurran. Me opongo a que la ciencia se convierta en la cauda de *cualquier* sistema político. Estos han cambiado y cambiarán siempre. La ciencia los ha sobrevivido a todos.

El simple hecho de que yo personalmente esté de acuerdo con la democracia, a pesar de todos sus absurdos, de que probablemente encontrara intolerable cualquiera otra alternativa y de que me convenciera que vale la pena morir en defensa del sistema social al que estoy acostumbrado, tiene muy poco o nada que ver con la cuestión científica en sí misma. Mi adhesión a la democracia puede de hecho ser la significación *científica* especialmente como indicio de mi incapacidad para adaptarme a un mundo cambiante. La aceptación de este sencillo concepto es uno de los gastos de la ciencia social que quizá pocos estén dispuestos a pagar.

Finalmente, ¿qué es lo que el futuro promete a los científicos sociales en cuanto a libertad para llevar a cabo la tarea que he señalado como su función específica? Aquí tampoco podemos esperar librarnos de las penalidades que otros científicos han encontrado a través de su carrera. Los químicos y los físicos de tiempo en tiempo han sufrido persecuciones a causa del conflicto que se establecía entre sus descubrimientos y los puntos de vista generalmente aceptados. Continuaron en la línea que se habían trazado a pesar de que solamente hasta esta época han podido gozar de cierta inmunidad y libertad para su investigación, que los científicos sociales no comparten. ¿Por qué los hombres dedicados a las ciencias físicas disfrutaban de una relativa seguridad frente a los regímenes políticos variables y cómo podrían alcanzar los científicos sociales una inmunidad semejante?

Se presume generalmente que la respuesta descansa, como ya lo indiqué en la primera parte de mis notas, en el objeto peculiar que estudian las ciencias sociales. Dudo de que ésa sea la principal razón. Pienso que hay un motivo mucho más profundo para que las ciencias sociales estén

en la situación precaria en que se encuentran y éste consiste en su incompetencia relativa.

Desgraciadamente hasta este momento, los científicos sociales han fracasado en su intento de convencer a un considerable número de personas de que están dedicados a perseguir un conocimiento cuya efectividad puede ser demostrable, independientemente de las preferencias privadas, de las esperanzas y de los gustos del propio científico. *Todas* las ciencias han pasado por este estado. Los físicos se prestan menos como clase a ser interrumpidos, que los sociólogos cuando crece la marejada política, porque el trabajo de los primeros se mantiene invariable bajo cualquier régimen. La ciencia social debe luchar para alcanzar una posición semejante. Los físicos, individualmente pueden sufrir persecuciones, pero sus sucesores continúan su trabajo en la misma manera. Si las ciencias sociales poseyeran un cuerpo de conocimientos igualmente demostrables, así como la técnica de encontrar las respuestas a los problemas, estos conocimientos estarían también fuera del alcance de los movimientos políticos. Los servicios de los *verdaderos* científicos sociales serían tan necesarios para los comunistas como para los fascistas o los demócratas, así como lo son los de los físicos o los de los médicos. Los descubrimientos de las ciencias físicas también se han visto ignorados, algunas veces, por los regímenes políticos, pero cuando esto ocurrió fué el *régimen* y no la *ciencia* el que empezó a declinar.

Lo que más me impresiona es el poco efecto que hacen las interferencias políticas, sobre las ciencias bien desarrolladas. Reconozco, desde luego, los efectos frecuentemente infortunados 'de dicha interferencia sobre carreras y proyectos individuales. Pero si contemplamos el curso del desarrollo científico durante los últimos doscientos años, el hecho más importante es lo poco que este curso ha sido desviado por todos los mezquinos movimientos de la llamada "acción social", incluyendo las grandes revoluciones políticas. La demostrada superioridad de la ciencia como método para alcanzar cualquier cosa que los hombres deseen ha obligado, aun a sus perseguidores, a volverse hacia ella, después de algunas cruzadas locales y temporales, principalmente en contra de ciertos individuos.

Ya he hecho notar que las ciencias físicas son indispensables para cualquier régimen político. Los científicos sociales deben esforzarse por conseguir una situación igual. Hay algunos que lo han logrado hasta cierto grado. Me aventuré a creer, por ejemplo, que los estadistas sociales cali-

ficados no han sido ni serán molestados en su trabajo por ningún partido político. Su habilidad consiste en presentar conclusiones relativamente válidas, imparciales y demostrables de los datos sociales. Esta técnica es siempre la misma, cualesquiera que sean los objetivos sociales. Ningún régimen puede pasarse sin ella. La posesión y el ejercicio de dicha técnica es la única que justifica la pretensión a la inmunidad académica. Pretender que se les conceda a los que insisten en tomar como algo seguro lo que todavía necesita ser demostrado no producirá más efecto que el que todos sean privados del principio de libertad académica. Por esta razón es mejor que no nos dediquemos a organizar cruzadas en favor de la libertad académica, olvidándonos de sostener el único principio sobre el cual dicha libertad puede mantenerse a través de los tiempos, es decir, la demostrada capacidad de sus poseedores para hacer análisis válidos e impersonales de los hechos sociales.

Mi conclusión es que la mejor esperanza que se puede tener respecto a las ciencias sociales descansa en seguir el sendero que han seguido las otras ciencias. No he tratado de disminuir las dificultades que cubren esta senda. Simplemente he alegado que no son invencibles y que en todo caso no tenemos otros remedios que perseguir esta única esperanza. Pues estamos tan identificados con las formas de pensar y con los resultados materiales de la ciencia, en una parte tan amplia de nuestras vidas, que no podemos ni volvernos atrás ni permanecer estáticos. En resumen, los rasgos que se han hecho evidentes en las ciencias sociales en las recientes décadas creo que continuarán acentuándose cada vez más rápidamente. Los sociólogos hablarán menos y dirán más. Se apoyarán cada vez más en un tipo de discurso más económico a saber, el estadístico y el matemático. Mucho de lo que ahora pasa por ciencia social quedará probablemente relegado a otros departamentos igualmente honorables, tales como el periodismo, el drama o la literatura general.

Entonces este material llenará su objeto como propaganda, noticias, artes y un legítimo escape para las emociones del hombre. Ciertamente, nada de lo que he dicho respecto a las posibilidades de un estudio científico de los asuntos humanos debe interpretarse como un abandono posible o una restricción de las actividades artísticas, religiosas, recreativas o literarias que deben ocupar también al hombre. Por el contrario, he abogado por que las ciencias sociales no se recarguen de trabajo dedicándose a tareas que no pueden cumplir.

Lo mejor que pueden hacer los científicos, según mi opinión, es dedicarse a tres tareas: primera y principal, deben consagrarse a desarrollar el conocimiento real dentro de las alternativas de acción que existan bajo determinadas condiciones y las probables consecuencias de cada una de ellas. Segunda, el científico social debe, tanto como parte legítima de su tecnología, como de sus aplicaciones prácticas, ser capaz de indicar de una manera concreta lo que las masas de los hombres desean bajo determinadas circunstancias. Finalmente, debe desarrollar, en los aspectos aplicados de su ciencia, las técnicas administrativas para satisfacer más eficiente y económicamente estos deseos, sin importarles lo que puedan ser en cualquier tiempo ni tampoco cómo pueden cambiar de una época a la otra o independientemente también de sus preferencias personales.

Así, las ciencias sociales del futuro no pretenderán dictar a los hombres los fines de la existencia ni los objetivos de la lucha. Simplemente registrarán las alternativas posibles, las consecuencias de cada una y aplicarán la técnica más eficiente para alcanzar *cualquier* finalidad que los hombres, de acuerdo con su época, consideren digna de ser perseguida. Si las ciencias sociales se consagran efectivamente a este papel, tendrán un futuro de ilimitadas posibilidades y no tendrán nada que temer de los cambios que, sin duda alguna, ocurrirán en el futuro, tal como han ocurrido en el pasado.